Revista ***Nudo Gordiano.*** #44, septiembre 2025. Toluca. Estado de México.

Escribo,

mientras lo sólido se desvanece en la red

BERNARDO SUÁREZ

"Escribir es siempre convocar al futuro".
-Jorge Panesi

I

Escribir es dar cuenta de una existencia.

Rasgar el papel, herir el lienzo de la pantalla. Desbrozar el camino organizar las ideas, jerarquizar, pensar, abrir un surco, dejar una marca; volver una y otra vez para alisar el sendero. Una tarea que se encuentra a mitad de camino entre la del artesano y la del artista. Surge una idea que con el tiempo será atravesada por la tarea del oficio. Una experiencia solipsista en la que quien escribe, es abordado por infinidad de voces.
En definitiva, mientras se escribe hay alguien que dice: "aquí estoy". Desde el primer humanoide que talló a golpes una piedra, la humanidad va dando cuenta de su existencia. Mientras escribo, estoy aquí. Luego queda lo escrito: *"Quod scripsi, scripsi"*, "Lo escrito, escrito está1", dijo Poncio Pilato a los sacerdotes judíos que le objetaron haber puesto sobre el crucificado la leyenda: "Jesús Nazareno. Rey de los judíos". Querían que pusiera que ese hombre se había autodenominado de esa manera, pero Pilato ya había dado cuenta de su existencia, y trascenderá por su escritura.

Hay un momento en el que uno se da cuenta de que escribe. Es un despertar: aquello que se hacía en forma maquinal, eso que resultaba instrumental parece adquirir ahora otras dimensiones. Se vuelve consciente. Se atiende con mayor detenimiento a estrategias, recursos, recorridos. A volver una y otra vez. Uno ha venido escribiendo a lo largo de su vida. Ha escrito muchas cosas desde las más sencillas hasta quizá algunas complejas. Sin embargo, en algún momento puede ocurrir que escribir se transforme en una necesidad como respirar, comer o amar. Entonces, como Scherezada, sabe que ya no podrá dejar de hacerlo.

1 En el Evangelio de San Juan, capítulo 19, versículo 22.

II

Escribir es un acto recursivo: se vuelve una y otra vez sobre lo escrito.

Siempre existe la posibilidad de mejorarlo. Un escrito se encuentra "en tránsito"; es una "obra abierta", en palabras de Umberto Eco. Una construcción que requiere de dos instancias para poder ser interpretado: el que escribe y el que lee. Aun cuando el que escribe y el que lee sean la misma persona como en el diario íntimo. La escritura figura así al yo y al tú. Basta colocarse en una u otra posición para encontrar nuevas aristas que completen el sentido. Uno de los sentidos posibles. El texto necesita de otro, la alteridad es su naturaleza.

Etimológicamente, "texto" proviene de "tejido": "(..) perdido en ese tejido en esa textura, el sujeto se deshace en él como una araña que se disuelve en las segregaciones constructivas de su tela" (Barthes, 1993: 105). Un texto es un tejido vivo, una trama simbólica que establece múltiples conexiones. El texto, en tanto tejido vivo, se inserta en la cadena infinita del discurso, "en ese gran murmullo incesante y desordenado de discurso" (Foucault, 2008: 51). Se vincula con lo dicho. Parte de algún decir anterior. Busca provocar otro decir. El lingüista ruso Mijaíl Bajtín (1999) afirma que: (..) un enunciado revela una especie de surcos que representan ecos lejanos y apenas perceptibles de los cambios de sujetos discursivos, de los matices dialógicos y de marcas limítrofes sumamente debilitadas de los enunciados que llegaron a ser permeables para la expresividad del autor. El enunciado, así, viene a ser un fenómeno muy complejo que manifiesta una multiplicidad de planos. (..) Pero un enunciado no sólo está relacionado con los eslabones anteriores, sino también con los eslabones posteriores de la comunicación discursiva (274-275).

Puede considerarse al texto, entonces, como un entramado de signos en cuyo interior confluye un coro de voces: la voz propia y las ajenas que entablan una suerte de diálogo, de acuerdos y desacuerdos. El texto adquiere así una forma coral.

III

Estas características de la forma textual su procedencia, destinación y su carácter coral quedan aún más en evidencia en tiempos de redes sociales e internet. Algunos relatos borgianos sirven como metáforas y podrían dar cuenta anticipatoria de las particularidades de esa gran red. Es el caso de "El Aleph", un espacio, una pequeña materialidad que encierra todo lo existente.

¿El Aleph? repetí.

Sí, el lugar donde están, sin confundirse, todos los lugares del orbe, vistos desde todos los ángulos.

(..) Cerré los ojos, los abrí. Entonces vi el Aleph (Borges, 1974: 625). También puede pensarse siguiendo el modelo conceptual de "La biblioteca de Babel": El universo (que otros llaman la Biblioteca) se compone de un número indefinido, y tal vez infinito, de galerías hexagonales,

con vastos pozos de ventilación en el medio, cercados por barandas bajísimas (...) Cuando se proclamó que la Biblioteca abarcaba todos los libros, la primera impresión fue de extravagante felicidad. (...) La biblioteca es ilimitada y periódica. Si un eterno viajero la atravesara en cualquier dirección, comprobaría al cabo de los siglos que los mismos volúmenes se repiten en el mismo desorden (que, repetido, sería un orden: el Orden). Mi soledad se alegra con esa elegante esperanza (1974: 465 y ss.).

Siguiendo lo propuesto por esa alegoría puede figurarse a la red como ese espacio inabarcable en donde las materialidades más diversas parecen desvanecerse hasta adquirir un carácter evanescente. Allí se guardan en bibliotecas, nubes, álbumes digitales otra metáfora fotos, imágenes, libros, películas. Recuerdos. La memoria expandida o externa parece transformarse en un dispositivo, una prótesis de la memoria mental donde se encuentran, a disposición, esos elementos para ser consultados, vistos y revistos. Allí pierden su peso y quedan suspendidos en algún no lugar.

Ese interminable lienzo digital es también ahora el espacio de la inscripción. Un infinito papiro que podría dar cuenta del acontecer de estos tiempos en el que los sujetos quedan inscriptos en un eterno presente por medio de la escritura ("lo escrito, escrito está"). Entonces queda inscripto el grito que un sujeto deja al ser querido que ha partido en un intento de continuar el diálogo: "la muerte nada comienza y nada esencial concluye"
(Bajtín, 1999: 395); o el mensaje de un padre a un hijo que acaba de llegar y, preso de la emoción, le dedica esos signos, aunque su destinatario ni siquiera pueda acceder aún a la red. O el enunciado que responde a uno escrito tiempo atrás y lanzado a ese mar digital por alguien que quizá ya no esté. Sin embargo, ese enunciado, esa inscripción, actualiza el diálogo. El diálogo en el "gran tiempo". Bajtín afirma en una entrevista que:

En el Gran Tiempo, nunca nada pierde su significación. Homero, Esquilo, Sófocles y Sócrates, como todos los escritores y pensadores antiguos, permanecen, con igual derecho, en un Gran Tiempo. (...) Y es en este sentido que yo considero que nada muere, sino que todo es renovado. Con cada nuevo paso hacia adelante nuestros pa-

sos previos adquieren nuevos y adicionales sentidos (Sheperd, 2006: 33-34).

Allí también puede leerse al que todas las mañanas envía un mensaje a sus contactos; y más allá del contenido específico que da cuenta de sus preocupaciones, motivaciones o intereses, esa inscripción parece transformarse en una señal diaria que dice y recuerda: "Aquí estoy, todavía de este lado de la materialidad". Pero ¿quiénes son en verdad esos destinatarios? ¿Es el ser querido que partió? ¿Es ese chico que aún no ha siquiera dicho más que sonidos inconexos? ¿Son todos aquellos que estén navegando en algún momento por ese mar digital? ¿Es uno mismo o no es ninguno? Cuando uno se asoma a través de la pantalla, parece acceder a un mundo que se mueve entre la intimidad y el exceso, entre el recato y la promiscuidad, entre la indiscreción y la exposición.

IV

Escribir es una tarea que, si bien comienza como un acto mental, termina por comprometer todo el cuerpo. Implica la vista y la mano, claro está. Pero hay una necesidad de contacto del cuerpo y la superficie a través de un mediador: la pluma que rasga el papel de acuerdo con la presión de la mano; el ritmo que adquiere el tipiado, antes en la máquina de escribir y ahora en la computadora. Visto desde afuera, puede percibirse el ritmo musical de las teclas: del adagio al allegro, del andante al presto, tal vez acorde con aquello que se esté escribiendo. O la inspiración que a veces brota en cuentagotas y otras a borbotones. La posición del cuerpo que se sienta, que se acomoda, que se balancea, que se incorpora y camina, que vuelve a sentarse. Algunos escritores necesitan hacer actividad corporal antes de sentarse a escribir: correr, nadar, caminar. Es el caso de Stephen King, Haruki Murakami o Leila Guerriero. Otros escriben desde la mañana hasta la noche. Algunos, como Vargas Llosa se encierran en su estudio y no atienden a nadie durante ese tiempo. Otros hasta se colocan un uniforme de trabajo: el recordado "mono" de Gabriel García Márquez. Algunos transforman hechos dolorosos que les toca atravesar en obras maestras. Thomas Mann comenzó a escribir ***La montaña mágica*** en 1912, en el Sanatorio Wald de Davos, donde se encontraba internada su esposa. Luigi Pirandello, escritor y dramaturgo italiano, escribió una de sus comedias más brillantes: ***Liolá (Amores sicilianos, 1916)*** atravesado por la angustia de no tener noticias de su hijo que se encontraba en el frente durante la Primera Guerra Mundial. Los hay quienes escriben también a bordo de trenes, barcos o aviones. Algunos necesitan del silencio absoluto para la concentración. Otros, en cambio, lo hacen en populosos bares porque son capaces de encontrar en ese contexto ideas y motivos. Así nació el mito de Julio Cortázar y la Confitería London City en el centro de la Ciudad de Buenos Aires, y el entramado de su novela ***Los Premios (1960)***.

V

Una huella que trasvasa soportes y dispositivos epocales, la escritura.

Aquellos recuerdos lejanos, las experiencias últimas, lo que no debía disolverse en el olvido, la escritura permite fijarlo, darle consistencia, evidencia: allí estaba, allí está y allí estará. No importa si es así como ocurrió, o si las leyes de la ficción han operado sobre la memoria. Al fin de cuentas, la memoria parece también regirse por los mecanismos de la ficción. Selecciona, organiza, jerarquiza y desdibuja. La memoria está atravesada por la narratividad.
Será tal vez por alguna de todas estas razones que lo escrito tiene un haz de eternidad; un umbral que invita a ser cruzado. Será por eso que cuando uno se adentra en una historia escrita ya sea ficción o no, los límites comienzan a desdibujarse y se pierden las coordenadas espacio temporales. Entonces, uno se descubre inserto en ese otro mundo, en esa otra realidad. La escritura parece convocar la eternidad, es parte de su materialidad y de su esencia. Y se participa de esa eternidad como un férreo creyente esperanzado, aun cuando se sepa del artificio. Porque el que escribe, lo hace en un eterno presente, y ese presente es el que se traslada a lo escrito.

Escribo, y mientras escribo, estoy ahí.

Referencias

Bajtín, M. (1999) Estética de la creación verbal. México, Siglo XXI Editores. Barthes, R. (1993) El placer del texto. México, Siglo XXI Editores.

Borges, J. L. (1974) Obras Completas. Buenos Aires: Emecé Editores. Foucault, M. (2008) El orden del discurso. Buenos Aires: Tusquets.

Shepherd, D. (2008) A Feeling for History? Bakhtin and 'The Problem of Great Time'. The Slavonic and East European Review.